Huichilobos

Alfonso Trueba



Figuras y Episodios de la Historia de México

4ª Edición

Opinión del Maestro Don José Vasconcelos

JOSE VASCONCELOS
BIBLIOTECA MEXICO
PLAZA DE LA CIUDADELA NUM 6
MEXICO, D. F.

Junio 3 de 1954

Sr. Don ALFONSO TRUEBA.
Editorial "Campeador".
C i u d a d .

Muy estimado amigo:

Lo saludo con emoción, la emoción rara de descubrir a un escritor de cepa. Al abrir el paquete postal que traía sus cuadernos, dí con el de Hernán Cortés: excelente, y esto ya me obligó a continuar la lectura. El folleto dedicado a Santa Ana está escrito con brillantez, valentía veracidad y dramatismo. La influencia del poinsettismo en todo el proceso, está presentada con una franqueza única. En lo que yo conozco de historia aun escrita por los conservadores, parece haber ignorancia o temor de señalar la influencia masónica; usted la apunta con sencillez; todo eso de la "quinta columna" formada por yorquinos, es de una lucidez ejemplar.

Toda felicitación me parece corta. Todo está escrito con una pasmosa libertad de expresión y por lo mismo resulta fuerte y convincente. Me pregunto, ¿de dónde ha salido usted?. Lo único que me parece por el momento, necesitado de corrección, es la forma de lanzar todas estas verdades deslumbradoras en folletos necesariamente desligados uno del otro. Es urgente ligarlos en volumen coherente, pero de todos modos, y tiempo habrá para esto, lo que quiero es enviarle mi felicitación más calurosa. Confío en que he de conocerle. Hace tiempo tengo en la cabeza un plan para un libro continental que sólo una persona como usted puede llevar adelante.

Me suscribo su amigo y S. S.

[signature]

Alfonso Trueba



Huichilobos



4ª EDICIÓN

México, D.F. 2012

Primera Edición, 1,000 ejemplares, Enero de 1954.
Segunda Edición, 2,000 ejemplares, Septiembre de 1954.
Tercera Edición, 3,000 ejemplares, Julio de 1959.
Cuarta Edición, 1,000 ejemplares, Febrero de 2012.

Impreso en México.



bredicion@prodigy.net.mx

De todo escapaba un vaho hediondo de sangre. Era preciso que este delirio religioso terminara; bendita la cruz o la espada que marcase el fin de los ritos sangrientos.



JUSTO SIERRA.
(*Evolución Política del Pueblo Mexicano, cap. II*)

Al formular el filósofo Samuel Ramos la pregunta: ¿existen en México numerosas personas veraces? [1] planteó, a nuestro juicio, una de las cuestiones más importantes al bien de la nación que puedan ser sometidas en un examen colectivo de conciencia que practicáramos los mexicanos.

El mismo filósofo responde indirectamente a la pregunta cuando dice que "la verdad no es, en manera alguna, una necesidad de nuestra vida social y política; toda ella está encubierta por una tupida red de apariencias engañosas, de mentiras convencionales que se juzgan necesarias a su mantenimiento y colocan a la verdad en la situación de un objeto indeseable".

Y es que "no es fácil someterse a una constante exigencia de verdad, porque no siempre ésta es agradable, ni responde a los más íntimos deseos de la voluntad".

Por esta razón, o sea, porque la verdad suele ser ingrata y molesta, fugitivos de ella, nos hemos asilado en un mundo de ficciones tan absurdas como las que puede crear el uso de la mariguana. Parece que vivimos bajo el efecto de alguna droga que deliberadamente hemos consumido para evitar el contacto de la realidad que nos hiere.

Esto explica, en parte por lo menos, el falseamiento de los hechos históricos. Hay en nuestro pasado verdades que nos deprimen, que nos rebajan, y en vez de, encararlas, las rehuímos cobardemente y creamos una imagen en la que pretendemos vernos reflejados, y nos recreamos en ella, aunque esa imagen sea falsa, y a veces ridículamente falsa.

---

(1) *El Perfil del Hombre y la Cultura en México*, Ed. Espasa Calpe, p. 134.

Así, al investigar cómo eran, qué hacían, qué clase de civilización construyeron nuestros antepasados indígenas, hallamos una porción de noticias que nos revelan hechos incompatibles con la idea de grandeza que acerca de ellos teníamos preformada; entonces apartamos esa verdad desagradable de nuestra mente y creamos una ficción a nuestro gusto.

Pues bien, un pueblo que se refugia en la mentira es un pueblo perdido. No mejorará nunca. Vivirá en una "inmutabilidad egipcia", como también dice don Samuel Ramos, porque de la nada es imposible derivar algo.

En las hojas que siguen exponemos un aspecto de la civilización de los antiguos mexicanos, o sea su religión, su idolatría antropofágica y monstruosa. No expresamos ninguna novedad, pues de lo que se habla aquí todo mundo sabe algo; únicamente recordamos hechos que es útil tomar en cuenta, y los recordamos sin desfigurarlos, sin alterar ninguno de sus elementos ¿con qué propósito? Con el de que nos contemplemos en el claro y verdadero espejo de nuestra historia y desterremos fábulas y patrañas que estorban nuestro paso por el mundo.

Sólo quien es veraz es fuerte. Nuestra debilidad como pueblo es quizá un resultado de la mentira, y la mentira es al mismo tiempo origen de nuestra debilidad. Seamos veraces, y siéndolo empezaremos a aprender a ser fuertes.

La civilización de los antiguos mexicanos está dominada por el pavor que se refleja en las figuras de sus dioses. El mayor de éstos era *Huitzilopochtli*, a quien los conquistadores llamaron Huichilobos.

Según la leyenda, *Huitzilopochtli* o Huichilobos fue hijo de una mujer muy devota de los idolos, de nombre Coatlicue. Cuando los hijos de ésta intentaban matarla para evitar la afrenta del nacimiento de un hermano de padre ignorado, salió *Huitzilopochtli* del vientre de la madre, con un escudo en la mano izquierda, un dardo en la derecha y un penacho verde en la cabeza; la cara listada de azul, la pierna izquierda adornada de plumas y listados también los muslos y los brazos. Inmediatamente que salió a luz, hizo aparecer una serpiente de pino y se arrojó a los hermanos con tanto ímpetu, que a pesar de sus esfuerzos, sus armas y sus ruegos, todos fueron muertos, y sus casas saqueadas, quedando los despojos en poder de la madre. Este suceso consternó a todos los hombres, que desde entonces lo llamaron *Tetzahuitl* (espanto), y *Tetzauhteotl* (dios espantoso)[1]

Convertido en hechicero, o mediador ante los dioses, condujo a los mexicanos en su peregrinación y los estableció en el sitio en que después se fundó la ciudad de México. Era *Huitzilopochtli* —al que llamaban también *Mexitli*, de donde deriva el nombre de México—, de grandes fuerzas y muy belicoso, destruidor de pueblos y matador de gentes. Por su fortaleza y destreza en la guerra le tuvieron en mucho los mexicanos cuando vivía, y

(1) CLAVIJERO FRANCISCO J. (Cl.), *Historia Antigua de México y de su Conquista*, libro VI.

muerto le honraron como a dios, sacrificándole el mayor número de víctimas humanas [2].

El nombre *Huitzilopochtli* es demasiado poético para una deidad insaciable de sangre: quiere decir colibrí zurdo (de *huitzilon*, nombre de la chuparrosa o colibrí, y *opochtli*, siniestro). Se le llamó así porque tenía en el pie izquierdo unas plumas de aquel pájaro.

Su estatura era gigantesca y representaba un hombre sentado en un banco azul, con cuatro ángulos, de cada uno de los cuales salía una gran serpiente. Su frente era también azul, y la cara estaba cubierta de una máscara de oro, igual a otra que le cubría la nuca. Sobre la cabeza tenía un penacho en forma de pico de ave; en el cuello una gargantilla de diez figuras de corazones humanos; en la mano derecha un bastón espiral y azul, y en la izquierda un escudo, en que había cinco bolas de plumas dispuestas en cruz. De la parte superior del escudo se alzaba una banderola con cuatro flechas, que según los mexicanos, le habían sido enviadas del cielo. Tenía el cuerpo rodeado de una gran serpiente de oro, con figurillas de animales hechas de pedrería. Cada uno de los adornos e insignias tenía su significación particular [3].

Según Bernal Díaz, la estatua de Huichilobos "tenía la cara y rostro muy ancho, y los ojos disformes y espantables, y en todo el cuerpo tanta de la pedrería e oro y perlas e aljófar pegado con engrudo, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno d'ello... e tenía puestos al cuello el Huichilobos unas caras de indios y otros como corazones de los mismos indios, y estos de oro y de ellos de plata con mucha pedrería azul; y estaban allí unos braseros con incienso, que es su copal, y con tres corazones de indios de aquel día sacrificados; y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañadas y negras de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente" [4].

(2) Sahagún, Fray Bernardino de (Sah.), *Historia General de las Cosas de Nueva España.* Tomo I, Libro I, Cap. I.

(3) Cl. Lib. VI.

(4) Díaz del Castillo Bernal (B.D.C.), *La Conquista de Nueva España,* Cap. 92.



Huichilobos

Este hombre deificado, que fue "nigromántico, amigo de los diablos, enemigo de los hombres, feo, espantable, cruel, revoltoso, inventor de guerras y de enemistades, causador de muchas muertes, alborotos y desasosiegos" [5] recibía culto en el *Gran Teocali* (de *teotl*, dios y *cali*, casa), o sea en el templo mayor erigido en el corazón de Tenochtitlan.

El *Gran Teocali* era un vasto recinto dentro del cual habría cabido, según Cortés [6], una villa de 500 hogares. Estaba cercado por una tapia de 2 a 3 metros de altura, llamada el *coatepantli* (*cóatl*, culebra; *pantli*, muro) y la coronaban unos merlones o almenas con gigantescas figuras de cabezas de serpiente, labradas en piedra. Tenía 4 puertas que miraban a los 4 puntos cardinales.

El patio, que estaba dentro del recinto exterior del muro, estaba empedrado de piedras lisas y bruñidas. En medio del patio se alzaba una pirámide truncada, toda maciza, revestida de ladrillos cuadrados e iguales, y compuesta de 5 cuerpos. Se subía a la plataforma superior por una escalera de 114 gradas de alto peralte y corta huella. (Cuando Cortés acabó de subir esta pesada escalera, Moctezuma, que se hallaba en lo alto de la pirámide, lo recibió con estas palabras: "Cansado estaréis, señor Malinche, de subir a este nuestro gran templo". La respuesta de Cortés fue muy castellana; le dijo: "Ni yo ni mis soldados nos cansaremos en cosa ninguna") [7].

En el extremo oriental de la mesa de la pirámide se alzaban dos torres, minúsculas en comparación con la base de sustentación, lo cual es un "carácter propio del arte bárbaro que para ser imponente, a falta de medios arquitecturales con que adueñarse del espacio y lanzarse a la altura, apela a las masas

(5) SAH., T. I., Cap. XVI.
(6) CORTÉS HERNÁN, *Segunda Carta de Relación.*
(7) B. D. C., Cap. 92.

sólidas" [8]. Cada torre estaba dividida en 3 cuerpos; el inferior de piedra y cal, y los otros dos de madera bien trabajada y pintada. El cuerpo inferior o base, era propiamente el santuario, donde, sobre un altar de piedra, estaban colocados los ídolos. Uno de los santuarios estaba dedicado a *Huitzilopochtli* y el otro a *Tezcatlipoca* [9].

Desde la altura del templo se podía contemplar el lago, las ciudades que lo rodeaban y el valle, pues "todo lo señoreaba aquel maldito templo". La vista del panorama debió ser espléndida: montañas refulgentes, lagos surcados por chinampas, islotes de riberas encantadoras y blancos caseríos, cuya poesía contrastaba con la negrura de los antros nauseabundos en los que se daba culto a las deidades sanguinarias.

El área ocupada por el *Gran Teocali* correspondía a la superficie actualmente limitada al Norte por las calles 4a. y 5a. de Donceles (antes Cordobanes y Montealegre), al Oriente por las de Argentina (antes 1a. del Reloj), al Sur por el *zócalo* y al Poniente por el Monte de Piedad, o sea que ocupaba el sitio que hoy ocupan la iglesia catedral, parte de la plaza mayor y calles y casas inmediatas.

Frente a cada altar de los ídolos estaba una piedra redonda o tejón que llamaban *téchcatl*, donde sacrificaban víctimas; "y desde la piedra hasta abajo había un regajal de sangre de los que mataban, y así en todas las otras torres" [10].

Dentro del circuito del templo había 78 edificios [11] destinados, en su mayor parte, a *cúes* o adoratorios de ídolos menores. Cada uno de estos *cúes* era propiamente un matadero o sacrificadero. Otros edificios los destinaban a habitaciones de los sacerdotes, o a cárceles donde cebaban las víctimas que habrían de sacrificar (niños, esclavos, prisioneros, leprosos, etc.).

(8) PEREYRA CARLOS, *Hernán Cortés,* 2a. Parte.
(9) La descripción del templo la hemos tomado de Clavijero op. cit.
(10) SAH. Apéndice del 2o. Lib.
(11) Ib.

También dentro del recinto del templo había varios *tzompantli*, o sea edificios destinados a almacenar calaveras.

Los mexicanos acostumbraban desollar las cabezas de las víctimas, y una vez desolladas, las espetaban o ensartaban en unas varas largas, cuyos extremos metían en los agujeros de unas vigas clavadas en la tierra y puestas en hilera. Hacían sartales de 500, 600 y hasta de 1,000 calaveras, "y en cayéndose alguna de ellas ponían otras, porque valían muy barato; y en tener aquellos tendales muy llenos de aquellas cabezas mostraban ser grandes hombres de guerra y devotos sacrificadores de sus ídolos" [12].

En uno de los *tzompantli*, dos soldados de la conquista, Andrés de Tapia y Gonzalo de Umbría, contaron hasta 136,000 calaveras [13].

De acuerdo con la relación de Sahagún, había los siguientes depósitos de cabezas de sacrificados: el *Mixcoapan tzompantli* (edificio 6) en el que espetaban las cabezas de los que mataban a honra del dios *Mixcóatl*: el edificio 18; el 33, donde guardaban las cabezas de los que ahí mataban en honor de los dioses llamados *Omacame*, sacrificio que se celebraba cada 202 días; el *Huitzompantli* (edificio 41), que estaba delante del *cu* de Huichilobos, donde ensartaban las cabezas de los cautivos que mataban en la fiesta anual de *panquetzaliztli*; el *yopico tzompantli* (edificio 55), en que depositaban las cabezas de los muertos en la fiesta *tlacaxipehualiztli*; el *tzompantli* (edificio 56), para las víctimas del dios de los mercaderes [14].

Casi todos estos *tzompantli*, al mismo tiempo que eran almacenes de cabezas desolladas, eran sacrificaderos. Esto quiere decir que el *Gran Teocali* (de cuya destrucción por los españoles no ha faltado quien se queje) no era otra cosa que un gigantesco matadero, con varios departamentos.

---

(12) Motolinía, o Fray Toribio de Benavente (Mot.), *Historia de los Indios de la Nueva España*, Cap. IX.
(13) Gómara, *Crónica de la Nueva España*.
(14) Sah. Apéndice al 2o. Lib.

Mapa del centro de la Ciudad de México, dibujado por Fr. Diego Valadés.

La ciudad y el reino de México empezaron por la fábrica del templo de *Huitzilopochtli*, o sea *Mexitli*, de donde, como hemos dicho, tomó su nombre nuestra capital. El templo fue desde luego una pobre cabaña, que amplió Itzcoatl, primer rey conquistador, después de la toma de Azcapotzalco. Su sucesor, Moctecuzoma I, fabricó un nuevo templo. Más tarde, alrededor de los años de 1480, el rey Tizoc se propuso erigir en honor de *Huitzilopochtli* un templo que excediese en magnitud y grandeza a todos los fabricados hasta entonces. Un enorme número de prisioneros fue sacrificado al abrir los cimientos y su sangre empapó el sitio en que habría de alzarse la gran fábrica. Pero Tizoc no pudo ver realizada la obra magnífica porque murió asesinado por los hechiceros en 1482. Lo sucedió en el trono el rey *Ahuitzotl* (nombre que quiere decir perro de aguas), "uno de los monstruos más detestables que ha habido en el mundo universal", al decir del Padre Cuevas.

Este *Ahuitzotl*, hermano de "pierna llagada", o sea Tizoc, era el general de los ejércitos mexicanos y se hallaba en lo más florido de la edad y ansioso de gloria y renombre. En cuanto fue electo rey salió a campaña para hacer los prisioneros que debería sacrificar en las fiestas de la coronación.

Su primer cuidado, después de empuñar el cetro, fue continuar la fabricación del templo empezado por su hermano. Durante cuatro años trabajaron millares de indios esclavos en la edificación del *teocali* y durante cuatro años guerreó *Ahuitzotl* contra muchos pueblos, a los que venció y ejecutó, llevando a México multitud de prisioneros destinados a morir en el estreno del fabuloso santuario.

Terminada la obra en 1486, el rey convidó a sus colegas de Acolhuacan y Tacuba y a la nobleza de ambos reinos a las fiestas de la dedicación, las que se celebraron cinco años antes del descubrimiento de América, o sea en 1487.

Abierto el templo, los prisioneros hechos en cuatro años, y que llegaban a 68,000, fueron ordenados en cuatro filas. La primera fila comenzaba al pie de las gradas del templo y seguía hacia la calzada de Coyoacán y Xochimilco, en una extensión de cinco kilómetros; la segunda fila se extendió hacia el norte, por la calzada de Guadalupe; la tercera por la calle de Tacuba y la cuarta hacia el oriente, hasta el límite de la laguna.

A la cabeza de cada una de las filas había un matadero ó sacrificadero. El principal estaba delante de la estatua de Huichilobos, en cuyo honor iba a ejecutarse la más espantosa carnicería. En este altar debería sacrificar el rey de México. El segundo era el del rey de Texcoco, el tercero el del rey de Tacuba y el cuarto el del viejo Hacaclel, al que respetaban como a un rey.

Una muchedumbre enorme, que algunos historiadores estiman en millones, asistía al extraordinario espectáculo.

En torno a cada piedra de sacrificios estaban el rey y sus ministros, aquél vestido con un traje rojo en forma de escapulario y adornado con flecos de algodón; en la cabeza una corona de plumas verdes y amarillas, orejeras y nariceras de oro y piedras ricas. Los ministros, con mantas pintas, cabellos sueltos, frentes ceñidas de correas y adornadas con ruedas de papel de varios colores y todo el cuerpo pintado de negro.

Las piedras de los sacrificios, convexas en la parte superior, de modo que el cuerpo de la víctima se arqueara sobre ellas, eran como de un metro de alto y otro tanto de ancho.

De cada una de las filas empezaron a llevar prisioneros a cada uno de los mataderos. Ahí; cuatro sacerdotes sujetaban al infeliz por los pies y los brazos, otro le aseguraba la cabeza con un instrumento de madera en forma de serpiente, y tendido sobre la piedra, el sacrificador descargaba sobre el pecho el golpe del agudo cuchillo de pedernal, le sacaba el corazón, lo ofrecía al sol, y todavía palpitante, lo arrojaba a los pies del ídolo.

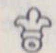
Después de que los reyes se cansaron de hundir cuchillos, fueron suplidos por los *topiltzin* o sacerdotes.

Cuatro días duró este sacrificio, desde el alba hasta la puesta del sol, y dice la historia que murieron en él 80,400 hombres, cifra que parece increíble, pues ni matando 4 hombres por minuto durante ese tiempo habrían podido matar tan enorme cantidad de víctimas. Lo más probable es que hayan sido 20,000.

Lo que es verdad es que corrieron caudales de sangre gradas abajo del templo, y que "caída a lo bajo y fría hacía grandes pellas que ponían espanto". De esta sangre cogían muchos sacerdotes en jícaras grandes y con ellas andaban por todas las ermitas y los humilladeros, untando las paredes y los umbrales. También "untaron los ídolos, untaron los aposentos del templo desde dentro y desde fuera y era tanto el hedor de la sangre que no había quien lo sufriese, del cual cuenta la historia y dice que era un hedor abominable que no lo podían sufrir los de la ciudad" [15].

Este fue el estreno del *Gran Teocali*, el año de 1487.

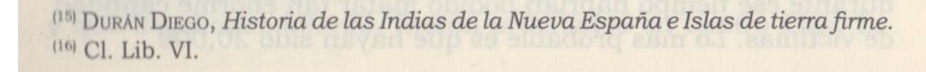
Recordando hechos como éste ¿cómo justificar a los indigenistas que lloran la destrucción de una cultura que tenía como eje tales atrocidades? ¿Y cómo no bendecir, con don Justo Sierra, la espada y la cruz que pusieron fin a ese delirio homicida?

 **LA CASTA SACERDOTAL**

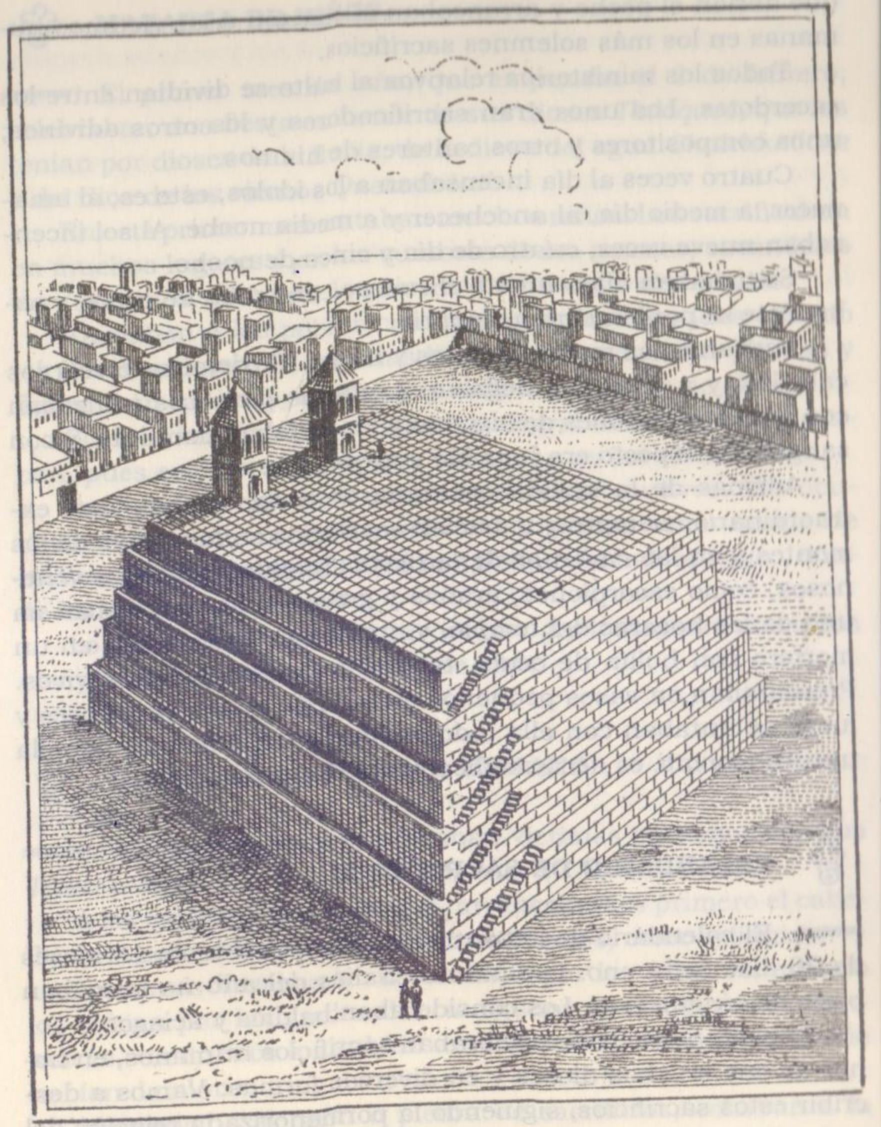
A la multitud de los dioses y de los templos mexicanos, correspondía el número de los sacerdotes. Este se puede calcular por el de los que residían en el templo mayor, pues subía, según los historiadores, a 5,000 [16]. Solamente los consagrados al dios Tezcatzoncatl en aquel sitio eran 400. Cada templo tenía un cierto número de ministros, por lo que no sería temeridad asegurar que no había menos de un millón en todo el imperio.

Había muchos grados o jerarquías entre los sacerdotes. Los jefes supremos eran el *Teuteuctli*, señor divino, y el *Hueiteopixqui*, gran sacerdote.

Los sumos sacerdotes eran los oráculos que los reyes consultaban, y nunca se emprendía la guerra sin su consentimiento. Eran los que ungían los reyes después de su elección, los



(15) DURÁN DIEGO, *Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de tierra firme.*
(16) Cl. Lib. VI.



Templo Mayor de México

que abrían el pecho y arrancaban el corazón a las víctimas humanas en los más solemnes sacrificios.

Todos los ministerios relativos al culto se dividían entre los sacerdotes. Los unos eran sacrificadores y los otros adivinos; unos compositores y otros cantores de himnos.

Cuatro veces al día incensaban a los ídolos, esto es, al amanecer, a medio día, al anochecer y a media noche. Al sol incensaban nueve veces, cuatro de día y cinco de noche.

Se tiznaban diariamente el cuerpo con hollín de ocote, y sobre éste se ponían ocre o cinabrio.

Vestían unas mantas prietas y largas. Se dejaban crecer los cabellos, y a veces les llegaban hasta los pies. Los trenzaban con gruesos cordones de algodón y los untaban con tinta, y con sangre. Su aspecto era horrible y asqueroso.

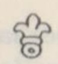
Además de la unción ordinaria de tinta, usaban otra extraordinaria, siempre que hacían sacrificios en las cimas de los montes y en las cavernas de la tierra. Tomaban insectos venenosos, como escorpiones, arañas y gusanos; los quemaban en uno de los hogares del templo, y amasaban sus cenizas en un mortero con hollín de ocote, tabaco y algunos insectos vivos. Presentaban en vasos pequeños esta confección a sus dioses y luego se untaban con ella todo el cuerpo. Llamaban a aquella untura *teopatli*, es decir medicamento divino.

CALENDARIO DE SACRIFICIOS

El calendario de los antiguos mexicanos tenía 18 meses de 20 días cada uno. Los últimos 5 días del año no formaban parte de ningún mes. Los consideraban baldíos y aciagos.

Durante todo el año celebraban sacrificios humanos, en honor de sus muchos dioses y en diversas formas. Vamos a describir estos sacrificios, siguiendo la pormenorizada relación del padre Bernardino de Sahagún [17].

(17) SAHAGÚN, *op. cit.*, Lib. II, Cap. I y siguientes.



MATANZA DE NIÑOS

El primer mes del año, que empezaba el 2 de febrero, celebraban una fiesta en honor de sus dioses *Tlaloques*, que los tenían por dioses de la lluvia, de la diosa del agua *Chalchiutlicue* y del dios de los vientos *Quetzalcóatl*.

En este primer mes mataban muchos niños. Los sacrificaban en muchos lugares y en las cumbres de los montes, sacándoles los corazones, para que los dioses diesen agua abundante.

Ataviaban a las pobres criaturas con ricos vestidos cuando los llevaban a matar, en unas literas adornadas con plumas y flores: iban tañendo, cantando y bailando delante de ellos.

Si los niños lloraban mucho, se alegraban los que los llevaban, pues eso era señal de que las aguas serían abundantes.

También en este mes mataban muchos cautivos. Los acuchilleaban primero, atados sobre una piedra como muela de molino, y luego los llevaban al templo que llamaban *Iopico*, donde les sacaban el corazón.

Los dueños de estos cautivos iban gloriosamente ataviados con plumas y bailando delante de ellos.



VESTIDOS DE PELLEJO HUMANO

El segundo mes sacrificaban víctimas en honor del dios *Tótec*, o *Xipe*.

A los cautivos que mataban, arrancábanles primero el cabello de la coronilla, y lo guardaban sus amos, como reliquias.

Los amos llevaban a sus esclavos por los cabellos; cuando los subían por las gradas del *cu* algunos se desmayaban y entonces sus dueños los subían arrastrando hasta el tajón donde habían de morir.

Llegándolos al tajón o piedra de sacrificios, echaban a la víctima de espalda sobre ella y la sujetaban cinco hombres: dos por los brazos, dos por las piernas y uno por la cabeza. Venía luego el sacerdote que le había de matar, empuñaba el cuchillo

de pedernal, hería a la víctima en el pecho, metía la mano por la herida y sacaba el corazón, que ofrecía al sol y echaba después en una jícara.

Luego echaban el cuerpo a rodar gradas abajo del *cu*, e iba a parar en una placeta, donde lo recogían unos viejos y lo llevaban a su *calpul*, donde lo despedazaban y repartían para comer. (En el *Gran Teocali* había muchas ollas grandes, cántaros y tinajas, donde, cocinaban la carne de los tristes indios que sacrificaban, la que comían los sacerdotes) [18].

Antes que hiciesen pedazos a la víctima, la desollaban y unos mancebos vestían su pellejo, y así vestidos peleaban con otros.

FLORES Y SANGRE

El primer día del tercer mes hacían fiesta al dios *Tláloc*, dios pluvial. En esta fiesta mataban muchos niños sobre los montes y los ofrecían en sacrificio para que lloviese.

En la misma festividad ofrecían las primicias de las flores en el *cu* llamado *Iopico*. Antes de ofrecerlas, nadie osaba oler la flor.

Los oficiales de las flores, llamados *xochimanque*, festejaban a su diosa llamada *Coatlicue*.

En este mes se desnudaban los que traían vestidos de pellejos de los muertos desollados el mes anterior, e íbanlos a echar a una cueva, en el *Iopico*. Formaban para esto una procesión. Hedían como perros muertos. Luego que dejaban los pellejos se lavaban con muchas ceremonias.

Los dueños de los cautivos sacrificados, con todos los de su casa, hacían penitencia veinte días, durante los cuales no se bañaban ni se lavaban la cabeza hasta que se ponían los pellejos de los cautivos muertos en la cueva.

Acabada la penitencia, se bañaban y lavaban, convidaban a sus parientes y amigos a comer y hacían ceremonias sobre los huesos de las víctimas.

---

(18) B. D. C., cap. 92.



MAS NIÑOS SACRIFICADOS

El cuarto mes festejaban al dios del maíz, *Cintéotl*. Ponían espadañas a las puertas de las casas y las ensangrentaban con sangre de las orejas o de las espinillas. Iban por los maizales, traían cañas de maíz tierno, las adornaban con flores y las ofrecían a sus dioses.

En los barrios, delante del *cu* de la diosa *Chicomecóatl*, hacían simulacros de batallas.

Según relación de algunos, los niños destinados al sacrificio los juntaban el primer mes, comprándolos a sus madres, e íbanlos matando en todas las fiestas siguientes hasta que las aguas comenzaban a caer. Así mataban niños en el primero, segundo, tercero y cuarto mes, hasta que llovía copiosamente.

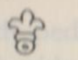
LA IMAGEN DE TEZCATLIPOCA

En honor del dios de los dioses, *Tezcatlipoca*, mataban el quinto mes un mancebo escogido, que ninguna tacha tuviese en su cuerpo, criado en los placeres por espacio de un año, instruido en tocar, cantar y bailar.

Este mancebo era escogido entre muchos; tenía los cabellos largos hasta la cintura.

Al matarlo, presentaban al que había de morir el año siguiente. Andaba por todo el pueblo, muy ataviado, con flores en la mano y mucha compañía; saludaba graciosamente a los que se encontraba. Todos sabían que era la imagen de *Tezcatlipoca*, y se postraban delante de él y le adoraban. Veinte días antes de que muriese le cortaban el pelo y dábanle vestidos más ricos.

Llegado el día en que había de morir, le llevaban a un *cu* llamado *Tlacochcalco*, lo apartaban de mujeres y le dejaban. Él mismo subía las gradas del altar de sacrificios y en cada una de ellas hacía pedazos una flauta, de las que tocaba todo el año. Una vez arriba, lo echaban sobre el tajón, sacábanle el corazón y descendían el cuerpo. Abajo le cortaban la cabeza y la ensartaban por las sienes en un palo.

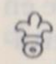


TERROR

Para la celebración de las fiestas en honor de los dioses del agua, en el sexto mes, iban los sátrapas de los ídolos y sus ministros por juncos a la laguna de *Temilco*, de donde los traían a México, para adornar los *cúes*. Por el camino que venían nadie osaba parecer; todos los caminantes se escondían, de miedo de ellos, y si alguno tenía la mala fortuna de toparse con los sacerdotes, era robado y maltratado.

En esta misma fiesta, castigaban terriblemente a los ministros de los ídolos que habían cometido alguna falta, echándolos al agua de la laguna, de donde los tomaban sus padres o parientes y los llevaban a sus casas medio muertos.

Mataban muchos cautivos en este mes, adornándolos con las insignias de los dioses *tlaloques*, en cuyo altar eran sacrificados. Los corazones de las víctimas los arrojaban al remolino o sumidero de la laguna de México.



BORRACHERA Y MUERTE

La diosa de la sal, *Uixtocihuatl*, hermana mayor de los *Tlaloques* era festejada el séptimo mes y en su honor mataban una mujer compuesta con los ornamentos propios de la diosa.

La víspera de la fiesta cantaban y danzaban todas las mujeres, viejas y muchachas. Iban asidas de unas cuerdas cortas que llevaban en las manos, una por un extremo y otra por el opuesto. Llevaban guirnaldas de hierba y eran guiadas por unos viejos, que dirigían el canto. En medio de ellas estaba la mujer que era la imagen de la diosa, y que había de morir, aderezada con ricos ornamentos.

Cantaban y danzaban toda la noche, y amanecido, se revestían los sacerdotes ó hechiceros y hacían un baile muy solemne. Los presentes en la ceremonia llevaban en la mano flores de *cempoalxóchitl*. Así bailando llevaban muchos cautivos al *cu* de Tláloc, y con ellos a la mujer que había de morir. Allí mataban primero a los cautivos y luego a la mujer.

Otras ceremonias se hacían en esta fiesta, y una gran borrachera.

En el mes siguiente –el octavo– también sacrificaban una mujer, en honor de la diosa de los *jilotes*, *Xilomen*.

BÁRBARA CRUELDAD

El dios del fuego, *Xiuhtecutli* o *Ixcozauqui*, era festejado en el décimo mes, echando al fuego muchos esclavos vivos, atados de pies y manos. Antes de que acabasen de morir los sacaban arrastrando del fuego y delante de la imagen del dios les extraían el corazón.

Durante la fiesta iban al monte, cortaban un árbol grande y lo llevaban arrastrando hasta el patio del dios. Allí lo pulían y levantaban enhiesto, hasta la vigilia de la fiesta; entonces lo volvían a echar a tierra, con mucho cuidado, evitando que se golpease. Luego lo adornaban con papeles, le ataban sogas y volvían a levantarle, dando grandes voces.

Puesto el árbol, los que tenían esclavos para arrojarlos vivos al fuego, los vestían con ricos plumajes y les pintaban el cuerpo de amarillo, y llevándolos consigo hacían baile todo aquel día hasta la noche.

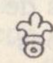
Velaban los cautivos en el *cu*, y después de practicar extrañas ceremonias, les empolvaban las caras con unos polvos que llamaban *yiauhtli*, que tenían propiedades narcóticas; ataban a los esclavos de pies y manos, y así atados, los izaban sobre los hombros y bailaban en rededor del fuego. Conforme danzaban los iban arrojando sobre el montón de brasas, uno después de otro. Dejaban que se tatemaran un poco, y aún vivos y basqueando, los sacaban del fuego con un gancho, los tendían sobre el tajón, y abierto el pecho, les arrancaban el corazón. En lo alto del árbol estaba la imagen del dios en cuyo honor celebraban aquel terrible sacrificio.

 **BESTIAS ENCARNIZADAS**

El padre Motolinía nos refiere el siguiente sacrificio, que celebraban también en honor del dios del fuego:

Levantaban en Cuautitlán seis grandes árboles como mástiles de navíos y ataban en lo alto seis prisioneros de guerra. En torno a los árboles estaba una multitud de hombres y muchachos con sus arcos y flechas. En cuanto bajaban los que habían subido a atar a los prisioneros, disparaban contra éstos sus saetas, y asaeteados y medio muertos, los dejaban caer de aquella altura. En seguida recogían los cuerpos destrozados y les daban la tercera muerte sacándoles los corazones. Luego les cortaban las cabezas, que eran entregadas a los ministros de los ídolos, y los cuerpos los llevaban como carneros para que comieran de ellos los señores y principales.

En esta misma fiesta degollaban dos mujeres esclavas, ante el altar de los ídolos, les desollaban la cara y el cuerpo y les sacaban los huesos de los muslos. Dos indios principales vestían entonces los cueros y se ponían las pieles de las caras como máscaras, tomaban los huesos en las manos y paso a paso bajaban bramando las gradas del templo, mientras la aterrorizada multitud que se hallaba en los patios gritaba: "Ya vienen nuestros dioses, ya vienen nuestros dioses". Llegados abajo, comenzaban a tocar unos lúgubres tambores y cosían a las espaldas de los vestidos con las pieles de las degolladas unas como alas de papel. Luego les ataban al bezo que tenían horadado una codorniz, y de esta manera bailaban estos dos indios principales. La gente sacrificaba muchas codornices, y eran tantas que cubrían el suelo. Al mediodía cogían todos las codornices y las repartían [19].

 **ANTE HUICHILOBOS**

El undécimo mes estaba consagrado al culto de la madre de los dioses, llamada *Teteo innan* o *Toci*, que quiere decir nuestra abuela. Bailaban en silencio y mataban una mujer vestida con los ornamentos de la diosa.

Cinco días antes que comenzase este mes cesaban las fiestas y regocijos. Bailaban 8 días sin cantar y sin *teponaztli*. Terminado el baile salía la mujer que era imagen de la diosa, acompañada de otras muchas mujeres, especialmente médicas y parteras. Se dividían en dos bandos y peleaban arrojándose unas a otras con pencas de nopal.

Acabadas estas ceremonias y otras semejantes, procuraban que la futura victima no entendiese que había de morir, ni se entristeciese, porque lo tenían por mal agüero. La noche del sacrificio la ataviaban con las mejores galas y la llevaban en silencio al *cu* donde moriría, sin revelarle su destino. Subida al templo, la tornaba uno a cuestas, espalda con espalda, y de repente le cortaban la cabeza, luego la desollaban y un robusto muchacho vestíase el pellejo.

El vestido con la piel de la sacrificada era llevado con mucha solemnidad al *cu* de *Huitzilopochtli*, con muchos prisioneros, y allí, él mismo sacaba el corazón de 4 cautivos, y dejaba los demás a que los matase el sátrapa.

En este mes se revistaban los ejércitos y se daban armas y divisas a los nuevos soldados.

 **MUERTE DE MUJERES**

En el décimo tercer mes honraban los antiguos mexicanos a los montes eminentes, donde se arman nublados.

Hacían unas culebras de palo o de raíces de árboles y las recubrían con una masa que llamaban *tzoal*. Estas figuras representaban los montes que atraen las lluvias, y también a los que habían muerto en agua o heridos de rayo. La cabeza de cada figura tenía dos caras, una de persona y otra de culebra. Untaban la cara humana con hule derretido y le aplicaban unas pequeñas tortillas de masa en las mejillas. Ponían estas imágenes en sus adoratorios, sobre lechos de espadañas o juncos, y

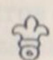
(19) Mot. Cap. VII.

puestas allí, les ofrecían comida, tamales y mazamorra, o cazuela de gallina o de carne de perro, y luego las incensaban.

Los ricos cantaban y bebían pulque en honor de sus dioses y memoria de sus difuntos; los pobres no hacían más que ofrecerles comida.

En esta fiesta mataban cuatro mujeres y un hombre, a los que adornaban con coronas de papel bañado en hule derretido.

Antes de sacrificarlas, paseaban a las víctimas en literas llevadas en hombros. Hombres y mujeres iban cantando en la procesión. Los que llevaban las literas vestían ricamente. Las mujeres con sus enaguas y huipiles labrados, y pintadas las caras. Subían luego a las víctimas a lo alto del *cu*, y una vez arriba las sacaban de las literas y una a una echábanlas sobre el tajón de piedra; les abrían los pechos con el pedernal, sacábanles el corazón y lo ofrecían al dios *Tláloc*. Luego descendían los cuerpos lentamente, rodándolos por las gradas del templo. Abajo los recibían unos sacerdotes, quienes los llevaban al *tzompantli*, donde les cortaban las cabezas y las espetaban por las sienes en unos varales. Los cuerpos eran llevados a los barrios de donde habían salido, y al día siguiente, que llamaban *texinilo*, los hacían pedazos y los comían.

 DIOSES INSACIABLES

El sexto día del mes décimo cuarto aderezaban con papel a los esclavos que habían de matar en honor del dios *Tlamatzíncatl*. Estos esclavos eran comprados a los fabricantes de pulque y a los que proveían, de esta bebida a *Moctecuzoma*. Otros dos esclavos que sacrificaban en honor del dios *Mixcóatl* los compraban a los *calpixques*, o recaudadores de tributos. Además de estos esclavos mataban muchas mujeres a las que llamaban *Coatlicue*.

Llegada la fiesta, que era el día último de este mes, paseaban en procesión a todos los que debían de morir alrededor del *cu*. Después de mediodía los llevaban a otro *cu*, el de los sacrificios, y los obligaban a dar vueltas en torno del tajón. Luego los bajaban de nuevo y los hacían velar toda la noche. A la medianoche, delante del fuego, les cortaban los cabellos de la coronilla. En seguida los esclavos quemaban sus hatos, donde guardaban todas sus pertenencias. Decían que éstas les serían devueltas en el otro mundo.

Al amanecer el día siguiente, los adornaban con papeles y los conducían al lugar de la muerte. Dos muchachos ayudaban a subir a cada uno las gradas del *cu*, para que no se desmayaran ni se cayeran. Delante de cada uno de ellos iba un abanderado, con una bandera de papel. Otros cuatro prisioneros los subían atados de pies y manos. Llegados arriba, los sacrificaban en el tajón.

A las mujeres las mataban en otro *cu*, que llamaban *Coatlan*, antes que a los hombres. Al subir las gradas, unas cantaban, otras gritaban y otras lloraban. Se apoyaban en los brazos de algunos hombres, los que evitaban que se cayeran.

Una vez muertas, no arrojaban sus cuerpos gradas abajo, sino que los rodaban poco a poco.

Estaban abajo, cerca del lugar donde ensartaban las cabezas, dos mujeres viejas que llamaban *teixamique*, las que tenían unas jícaras con tamales y una salsa de mole. Descendidas las víctimas, las llevaban a donde estaban aquellas viejas, las que metían en la boca de los muertos cuatro bocadillos de pan, mojados en la salsa, y les rociaban las caras con unas hojas de caña mojadas en agua clara. Luego les cortaban las cabezas los que tenían este oficio y las ensartaban en varas: Hecho todo esto se acababa la fiesta y se iban todos a sus casas.

 PANQUETZALIZTLI

Panquetzaliztli era la fiesta en honor del dios de la guerra, *Huitzilopochtli*, y se celebraba el décimo quinto mes.

Antes de esta fiesta los sátrapas de los ídolos ayunaban 40 días y hacían otras penitencias ásperas, como era ir a la media noche, desnudos, a llevar ramos a los montes.

El segundo día de este mes empezaban a bailar y cantar himnos en loor de *Huitzilopochtli*, en el patio de su *cu*. Cantaban y bailaban hombres y mujeres, mezclados entre sí.

Nueve días antes de sacrificar a las víctimas, las bañaban en el agua de una fuente. Por esta agua iban los viejos del barrio; la traían en cántaros nuevos, tapados con hojas de ahuehuete. Al llegar a las víctimas, que se hallaban en el *cu* del ídolo, derramaban los cántaros sobre sus cabezas. Hecho esto, les quitaban las ropas mojadas y les vestían el hábito de papel con el que serían llevadas al sacrificio. Luego les teñían los brazos y las piernas de azul claro y las caras con rayas azules y amarillas, y les atravezaban la nariz con una pequeña flecha, de la que colgaba un medio círculo. En seguida las coronaban con coronas de cañas y plumas amarillas.

Al día décimo sexto del mes, ayunaban los dueños de los esclavos destinados al sacrificio. Tres días más tarde hacían grandes danzas en el patio del *cu.* Unos viejos cantaban y tañían, en tanto que otros bailaban.

Después de muchas complicadas ceremonias, las víctimas descendían del templo de *Huitzilopochtli,* una de ellas vestida con los ornamentos del dios Páinal, y mataba cuatro esclavos en el juego de pelota, que estaba en el patio que llamaban *Teotlachtli,* y los arrastraban ensangrentando todo el suelo. De allí partía corriendo a dar una vuelta por toda la ciudad, y en ciertos lugares mataba esclavos.

Finalmente mataban prisioneros en el *cu* de *Huitzilopochtli,* y muchos esclavos. Cada vez que moría una víctima, tocaban los instrumentos musicales. Al terminar la matanza comenzaban a bailar, cantar, comer y beber, y así terminaba la fiesta.

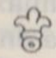
El padre Motolinía nos refiere [20] que en esta fiesta llamada *Panquetzaliztli,* que era la principal, se hacían muchos sacrificios de sangre, "así de las orejas como de la lengua, que ésto era muy común; otros se sacrificaban de los brazos y pechos y de otras partes del cuerpo; pero esto de sacarse un poco de sangre para echar a los ídolos, como quien esparce agua bendita con los dedos, o echar la sangre de las orejas y lenguas en unos papeles y ofrecerlos, a todos y en todas partes era general".

(20) *Ib.*, Cap. VI.

El mismo padre Motolinía nos describe así el modo de sacrificar:

"Tenían una piedra larga, de una brazada de largo, casi palmo y medio de ancho, y un buen palmo de grueso o de esquina. La mitad de esta piedra estaba hincada en la tierra, arriba en lo alto encima de las gradas, delante del altar de los ídolos. En esta piedra tendían a los desventurados de espaldas para los sacrificios, y el pecho muy tieso, porque los tenían atados de los pies y de las manos, y el principal sacerdote de los ídolos o su lugarteniente, que eran los que más ordinariamente sacrificaban, y si algunas veces había tantos que sacrificar que éstos se cansasen, entraban otros que estaban ya diestros en el sacrificio, y de presto, con una piedra de pedernal con que sacaban lumbre, de esta piedra hecha un navajón como hierro de lanza, no mucho agudo, porque como es piedra muy recia y salta, no se puede hacer muy aguda; esto digo porque muchos piensan que eran de aquellas navajas de piedra negra que en esta tierra las hay, y sácanlas con el filo tan delgado como de una navaja, y tan dulcemente corta como navaja, sino que luego saltan mellas, con aquel cruel navajón, como el pecho estaba tan tieso, con mucha fuerza abrían al desventurado y de presto sacábanle el corazón, y el oficial de esta maldad daba con el corazón encima del umbral del altar de parte de afuera, y allí dejaba hecha una mancha de sangre; y caído el corazón se estaba un poco bullendo en la tierra y luego poníanlo en una escudilla delante del altar. Otras veces tomaban el corazón y levantábanle hacia el sol, y a las veces untaban los labios de los ídolos con la sangre. Los corazones a las veces los comían los ministros viejos; otras los enterraban, y luego tomaban el cuerpo y echábanlo por las gradas abajo a rodar; y llegado abajo, si era de los presos en la guerra, el que lo prendió con sus amigos y parientes llevábanlo, y aparejaban aquella carne humana con otras comidas, y otro día hacían fiesta y lo comían; y el mismo que lo prendió, si tenía con qué lo poder hacer; daba aquel día a los convidados mantas, y si el sacrificado era esclavo no lo echaban a rodar,

sino que abajábanle a brazos y hacían la misma fiesta y convite que con el preso de guerra" [21].



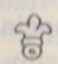
LA DIOSA TONA

El mes décimo séptimo honraban a la diosa *Tona*, que quiere decir nuestra madre, llamada también *Ilama tecutli.*

En honor de esta diosa mataban una mujer. Una vez sacado el corazón, cortaban la cabeza y bailaban con ella. El que iba delante, llevaba la cabeza en alto, y por los cabellos, bailando.

A la víctima la ataviaban con los vestidos de la diosa, y así compuesta la hacían bailar. Unos viejos tocaban y ella danzaba, suspiraba y lloraba, sabiendo que había de morir. Después del mediodía se revestían los sátrapas con los ornamentos de los dioses y marchando delante de la próxima víctima, la subían al *cu* de los sacrificios, donde la mataban y degollaban.

El mismo día que mataban a esta mujer, los ministros de los ídolos hacían escaramuzas y regocijos, corriendo unos tras otros hacia arriba y hacia abajo del templo. Al siguiente día la gente del pueblo hacía unas talegas que llenaban de cosas blandas, como lana; las llevaban escondidas debajo de las mantas, y a todas las mujeres que topaban por las calles les daban de talegazos, "y aporreaban con ellas a las muchachas, tanto que las hacían llorar".



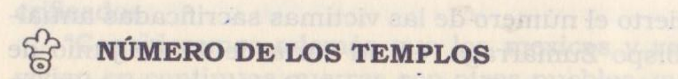
EL SACRIFICIO GLADIATORIO

El más célebre sacrificio de los mexicanos era el que los españoles llamaron *gladiatorio.* Se destinaban a él los prisioneros afamados por su valor. Había cerca del templo mayor de las ciudades grandes, en un sitio capaz de contener una gran muchedumbre, un terraplén redondo y sobre él una gran piedra, lisa y adornada con algunas figuras. Sobre esta piedra, que llamaban *temalacatl,* ponían al prisionero, armado de rodela y

[21] *Ib.*

espada corta y atado al suelo por un pie. Con él subía a pelear un oficial o soldado mexicano, a quien daban mejores armas que las del prisionero. Si éste quedaba vencido, acudía inmediatamente el sacerdote llamado *chalchuitepehua,* y muerto o vivo, lo llevaba al altar de los sacrificios comunes, donde le abría el pecho y le arrancaba el corazón. El vencedor era aplaudido de la muchedumbre y recompensado por el rey con alguna insignia militar. Pero si el presionero vencía a su primer enemigo y a otros seis que subían a pelear sucesivamente con él, se le concedía la vida y la libertad. El conquistador anónimo refiere que en una batalla que dieron los cholultecas a sus vecinos los huexotzincos, el principal señor de Cholula se empeñó de tal modo en la lucha, que habiéndose alejado de los suyos, fue hecho prisionero y conducido a Huexotzinco, donde, puesto sobre la piedra del sacrificio, venció a los siete combatientes con los que se enfrentó, ganando con ello el derecho a vivir y ser libre; pero los huexotzincos, previendo el daño que podría hacerles un enemigo tan valiente, le dieron muerte, contra la costumbre aceptada, y desde entonces quedaron infames [22].

Como ve el lector, este sacrificio gladiatorio, que hace poco se representó en la ciudad de México, nada tenía de noble. Había desigualdad entre los contendientes, puesto que el prisionero estaba atado y sus armas eran inferiores a las de sus enemigos, y con todo no era bastante que venciera a uno sino que debía vencer a siete para merecer la vida.



NÚMERO DE LOS TEMPLOS

El templo mayor, con todos sus adoratorios y sacrificaderos, no era el único, había otros esparcidos en diversos puntos de la ciudad. Según algunos autores el número de los de la capital no bajaba de dos mil, y las torres eran 360.

Fuera de México, los templos más célebres eran los de Texcoco, Cholula y Teotihuacán. Bernal Díaz dice que el de Texcoco tenía 117 escalones y el de Cholula 120.

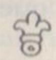
[22] CL. Lib. VI.

El templo mayor de Cholula, como otros muchos de aquella ciudad, estaba dedicado a su protector *Quetzalcóatl*, y era más grande que el *teocali* de México. Tenía cien patios para el servicio de los *cúes* [23]. Cortés aseguró al emperador Carlos V, que desde lo alto de un templo había contado más de 400 torres, todas pertenecientes a edificios religiosos [24].

El número de templos que había en todo el imperio mexicano era grande. Torquemada dice que eran más de 40,000; pero Clavijero cree que pasaban de este número, si se cuentan los pequeños, pues no había lugar habitado sin su templo, ni pueblo de alguna extensión que no tuviese muchos [25].

La estructura de los templos grandes era, por lo común, como la del templo mayor de México; pero había otros muchos de diversa arquitectura. Algunos constaban de un solo cuerpo piramidal y de una escalera; otros de un cuerpo y de varias escaleras.

No contento aquel pueblo supersticioso con tan gran número de templos construidos en sus ciudades, erigía altares en las cimas de los montes, en los bosques y en los caminos, para excitar donde quiera la devoción idólatra, y para celebrar sacrificios.



EL NÚMERO DE LOS SACRIFICIOS

Es incierto el número de las víctimas sacrificadas anualmente. El Obispo Zumárraga, en su carta de 12 de junio de 1531, escrita al Capítulo General de su Orden, congregado en Tolosa, dice que sólo en la capital de México se sacrificaban anualmente veinte mil víctimas humanas. Otros, citados por Gómara, afirman que el número de los sacrificios llegaba a 50,000. Torquemada dice que 20,000 era sólo el número de los niños sacrificados. Acosta escribe que había días en que en diversos puntos del imperio mexicano se sacrificaban 5,000 y en algunos 20,000. Bartolomé de las Casas, que siempre empleó el testimonio del señor Zumárraga contra los conquistadores, lo contradice cuando trata del número de víctimas y afirma, con notoria falsedad, que serían cien al año. Durán opinaba que eran tantos los sacrificados como los que morían de muerte natural.

[23] B. D. C., Cap. 83.
[24] Cortés Hernán, 2ª Carta de Relación.
[25] Lib. VI.

"Lo cierto es –dice Clavijero– que eran muchos, porque las conquistas de los mexicanos fueron rapidísimas, y en sus frecuentes guerras no procuraban tanto matar enemigos cuanto hacerlos prisioneros para sus sacrificios. Si a estas víctimas se añaden los esclavos que compraban con el mismo objeto y los delincuentes destinados a expiar de aquel modo sus crímenes, hallaremos un número algo mayor del que señala Las Casas, demasiado propenso a excusar a los americanos de los excesos de que los acusaban los españoles. Los sacrificios se multiplicaban en los años divinos y mucho más en los seculares" [26].

El padre Cuevas dice al respecto:

"Después de agradecer a Fray Bartolomé su buena voluntad, tomemos en cuenta lo que dicen los otros autores; aceptando para la ciudad de México el *número menor*, que es el de Fr. Juan de Zumárraga, o sea 20,000, vemos que se lo conceden los otros autores que dan cifras y lo confirman y aun lo aumenta el testimonio de los conquistadores. En las vigas y gradas del Mixcoatl, edificio del templo mayor de México, contaron Andrés de Tapia y Gonzalo de Umbría 136,000 calaveras de indios sacrificados.

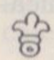
"Consideremos además que los mexicas y vecinos aliados vivían en continuas guerras con otros pueblos, guerras que tenían por objeto exclusivo el cautivar el mayor número posible de sus contrarios para después sacrificarlos.

"Siendo tan numerosos ambos contendientes, el número de víctimas era sin duda numerosísimo (*sic*), tanto mayor, cuanto que los atacados también hacían sus cautivos de entre los atacantes. Muchísimos de ambos bandos, sabiendo que iban a morir de manera tan cruel, combatían hasta morir en el cam-

[26] Ib.

po, o se darían la muerte a sí mismos o saldrían del combate heridos de muerte. Todos éstos eran prácticamente víctimas del fanatismo.

"Con todos estos datos se hace muy posible el que fueran, por lo menos, los 20,000 por año en la ciudad de México. Pero como ésta no era sino una parte del país, si bien la que disponía de mayor número de víctimas, y como se hacían también numerosas hecatombes en ciudades del mismo rito, tan populosas como Tlaxcala, Cholula, Huexotzingo, Teotihuacán y otras del suelo nahuatl, y como además quedaron infinitos pueblos en que con toda seguridad se sacrificaba todo el año, bien podemos creer que aún nos quedamos cortos si decimos que *en el Anáhuac se sacrificaban al demonio cada año 100,000 seres humanos*" [27].



TAPAR EL SOL CON UN DEDO

No faltan autores empeñados en tapar con un dedo ese sol que adoraban los mexicas, o sea, empeñados en negar la verdad acerca de la religión de nuestros antepasados los indios. A estos autores les ha replicado un historiador liberal en los siguientes términos:

"Debemos tratar de una nueva opinión que se va formando y que pretende negar el canibalismo y la multitud de sacrificios de los antiguos indios, atribuyendo los relatos en ese respecto, no a sincera narración de la verdad, sino al empeño de los principales cronistas frailes que exageraron la crueldad de los indios para justificar la conquista y el triunfo del Evangelio. Comencemos por decir que aquellos frailes no tenían necesidad de emplear exageraciones para justificar su causa; bastaba, según sus ideas, el paganismo de los conquistados.

"Además, desconocer la veracidad de hombres como Motolinía y Sahagún nos parece una blasfemia histórica. Sahagún era tan amante de la verdad, que su historia de la conquista desagradó a los conquistadores. ¿Quién de nosotros hoy se

(27) CUEVAS MARIANO, *Historia de la Iglesia en México*, T. I., Cap. III.

atrevería a arrostrar por los indios todas las iras que desde lo alto de su alma gigantesca despreció el insigne Bartolomé de las Casas? Pues él mismo exclama en su apologética historia (cap. CLXVI): 'bendito sea Dios que me ha librado de tan profundo piélago de sacrificios, como aquellos gentiles que ignoraron tanto tiempo el verdadero sacrificio, navegaron sin tiento', y buscando el defenderlos no puede negar el hecho, contentándose con decir que los indios que hacían y hoy hacen sacrificios de hombres, no era ni es voluntad, sino por miedo grande que tenían al demonio, por amenaza que les hace'. Durán no era español, atribuye la muerte de Moctezuma a Hernán Cortés, y sin embargo, da cuenta muy extensa de los sacrificios. Acaso nadie los pinte tan característicamente como Tezozomoc, quien no era fraile y sí hijo de indio, del gran emperador mexica Cuitláhuac. Él da razón minuciosa de la multitud de sacrificios y de dónde se comían los cuerpos de los sacrificados. ¿Pero, a qué buscamos más autoridades que los mismos jeroglíficos y tantos monumentos, ya piedras de sacrificios, ya esculturas representativas, ya inmensas ciudades como Uxmal, testigos mudos de esa vida en que se vivía con la muerte? No es amor a la patria negar lo que negarse no puede. Acaso lo que aquí asiento disgustará a no pocos, pero cuando se escribe la historia hay que decir la verdad" [28].



UNA RAZA PÁVIDA

Las figuras escultóricas del arte prehispánico son el documento que guarda fielmente las proyecciones del espíritu aterrorizado de los antiguos pobladores de México.

Quien visite el Museo Nacional de Antropología puede pararse a contemplar la estatua de *Xochipili*, el dios de las flores, de la primavera, de la alegría, del canto y del juego. No hay en sus rasgos nada que retrate lo sonriente de la naturaleza, lo grato de la vida. Es una figura contraída, crispada por el terror.

(28) CHAVERO ALFREDO, *México a través de los Siglos*, T. I.

Las piernas cruzadas en X, los puños apretados, el cuello tenso, los ojos desorbitados, parece la imagen misma del miedo.

La estatua de *Coatlicue*, la diosa de la tierra, con su falda de serpientes, decapitada, con una corriente de sangre en forma de víbora, un collar de manos y corazones, un ceñidor sujetado con un broche en forma de calavera, estatua que se veneraba en el *Gran Teocali*, es la representación de la crueldad, de lo abominable, de lo horrible.

Esa figura de bestia enorme, poderosa y sanguinaria que labraron los aztecas para vaso ritual de los corazones de las víctimas, y que lleva el nombre de *Ocelocuauhxicali*, debía poner pavor en el ánimo de los pobres indios con sólo mirarla.

Las cabezas colosales de serpiente que coronaban el *coatepantli* o muro que ceñía el templo mayor, con sus grandes fauces abiertas, su terrible expresión de fiereza, proyectan admirablemente la avidez insaciable de sangre de los dioses aztecas.

Cuando hay alguna figura humana que ríe, la sonrisa es mala, en un rostro de boca atigrada. Es sonrisa de antropófago que acaba de darse un hartazgo de carne de hombre.

No hay belleza en el significado de ninguno de esos monumentos. Tal vez la haya por la proporción de las partes y la armonía de las líneas. Pero lo que expresan es lo bajo del alma humana: el miedo, la crueldad, el odio, la ira homicida.

Son figuras repelentes que nos hablan de una civilización fundada en el terror y en la muerte.

Son testimonios que nos confirman que "era esta tierra un traslado del infierno", como dice el padre Motolinía, donde una raza pávida vivía esperando que cayera sobre ella el cuchillo de piedra de los sacrificadores.

Todos esos ídolos nos pintan el espanto de un pueblo entero que sufría constantemente la amenaza de ser arrastrado hacia los *cúes* y morir sobre las piedras ensangrentadas.

Alguien ha dicho que aquel pueblo se entregaba voluntariamente en holocausto ante sus dioses. Nada tan falso como eso. Ya hemos visto que las víctimas se desmayaban al subir las gradas del templo, lloraban y gritaban. "Nadie piense –dice el mismo Motolinía– que ninguno de los que sacrificaban matándoles y sacándoles el corazón o cualquier otra muerte, que era de su propia voluntad, sino por fuerza, y sintiendo muy sentida la muerte y espantoso dolor" [29].

Sostener lo contrario es como sostener que faltaba en los indios el mero instinto animal de conservación.

Puede ser que aceptaran, debido al embrutecimiento en que habían caído, aquella clase de culto a sus dioses como necesario; pero que sus almas estaban llenas de terror, de esto no hay duda. "El indio impávido", esto es, el indio que no tiembla, es un ser legendario, creado por los poetas del indigenismo. El verdadero es el que pasaba la vida temblando ante la ferocidad de sus terribles ídolos.

QUETZALCÓATL - HUICHILOBOS

Huitzilopochtli o Huichilobos es el mal encarnado, triunfando sobre el bien, representado en un tiempo por el dios *Quetzalcóatl*.

Este, serpiente de plumas, era en todas las naciones de Anáhuac el dios del aire. Decían que había sido gran sacerdote de Tula y que era hombre blanco, corpulento, de ancha frente, ojos grandes, cabellos negros y largos y barba poblada; que por honestidad llevaba siempre la ropa larga; que era industrioso, pues había inventado el arte de fundir los metales y labrar las piedras; que era sabio y prudente, como lo revelaban las leyes por él dictadas y sobre todo, que su vida era austera y ejemplar; que durante su reinado el pueblo había sido feliz.

Tezcatlipoca, o *espejo reluciente*, dios tan poderoso como *Huitzilopochtli*, fiero como él, queriendo arrojar a *Quetzalcóatl* del país, se le apareció en figura de viejo, y le dijo que la voluntad de los dioses era que pasase al reino de Tlapallan, y al mismo tiempo le ofreció una bebida, que tomó *Quetzalcóatl*, con

(29) Mot. Cap. VI.

la esperanza de adquirir por su medio la inmortalidad a que aspiraba; pero apenas la hubo tomado, sintió tan vivos deseos de ir a Tlapallan, que se puso inmediatamente en camino, acompañado de muchos súbditos, los cuales lo fueron obsequiando con música durante el viaje.

Decían que cerca de la ciudad de Cuauhtitlán, arrojó piedras a un árbol, quedando todas ellas clavadas en el tronco; y que cerca de Tlalnepantla estampó su mano en una piedra, cuyo rastro enseñaban los mexicanos a los españoles después de la conquista.

Cuando *Quetzalcóatl* llegó a Cholula fue electo rey por los habitantes de esta ciudad, quienes lo veneraban por la integridad de su vida y, sobre todo, por la aversión que mostraba a toda especie de crueldad, tanto que no podía oír hablar de guerra. ¡Un rey pacífico, enemigo de la efusión de sangre, debió ser para aquellos pueblos una gran bendición!

A *Quetzalcóatl* debieron los cholultecas, según sus tradiciones, el arte de la fundición, en que se distinguieron, las sabias leyes que los gobernaron y, según otros, el arreglo del tiempo y del calendario.

Después de haber estado veinte años en Cholula, decidió continuar su viaje al reino imaginario de Tlapallan, conduciendo con él cuatro jóvenes nobles. En la provincia marítima de Coatzacoalco les despidió y mandó decir a los cholultecas que estuviesen seguros de que dentro de algún tiempo volvería a regirlos y consolarlos.

Los cholultecas dieron a aquellos jóvenes el gobierno, en señal de cariño a *Quetzalcóatl*, de quien unos contaban que había desaparecido y otros que había muerto en la costa.

El personaje fue consagrado dios por los toltecas de Cholula, y constituído protector principal de la ciudad, en cuyo centro le erigieron un santuario. De Cholula se propagó su culto por todos los reinos vecinos, donde era venerado como dios del aire. Los cholultecas conservaban unas piedrecillas verdes, bien labradas, que según ellos habían pertenecido a su numen favorito. Los yucatecos se gloriaban de que sus señores descendían de *Quetzalcóatl*.

Algunos autores creen que *Quetzalcóatl* fue el apóstol Santo Tomás, que predicó el Evangelio en estos países. El doctor Sigüenza fundó esta opinión en serios indicios.

El hecho es que *Quetzalcóatl*, legislador sabio y rey pacífico, desapareció misteriosamente, y que su pueblo cayó bajo el poder de dioses inhumanos.

"A Quetzalcóatl –dice Vasconcelos–, el dios humano y atrayente de la antigua religión azteca, lo habían echado fuera del territorio. Y no le perdonaron ni en la Mitología, pues allí aparece cargado con la humillación de barrer los caminos por donde habían de pasar los otros dioses. No se le estimaba porque no había matado a nadie. Los misioneros se empeñaron en hacer de este dios un prototipo de humanidad y un símbolo de las artes civilizadas... Pero los fieles de Huichilobos lo habían expulsado.

"La lucha Quetzalcóatl-Huichilobos se convierte de esta suerte en resumen y símbolo de la historia de México. Cada vez que aparece un Quetzalcóatl lo expulsan del gobierno como al antiguo, o lo nulifican por el descrédito" [30].

"TRASLADO DEL INFIERNO"

Motolinía dice que era la tierra bajo el dominio de Huichilobos "un traslado del infierno".

"Ver los moradores de ella –agrega el cronista– de noche dar voces, unos llamando al demonio, otros cantando y bailando, otros borrachos; traían atabales, bocinas, cornetas y caracoles grandes en especial en las fiestas de sus demonios. Las beoderas que hacían muy ordinarias, es increíble el vino que en ellas gastaban, y lo que cada uno en el cuerpo metía... Era cosa de gran lástima ver los hombres creados a imagen de Dios vueltos peores que brutos animales; y lo que peor era que no quedaban en aquel solo pecado, mas cometían otros muchos, y se herían

(30) VASCONCELOS JOSÉ, *Breve Historia de México.*

y descalabraban unos a otros, y acontecía matarse, aunque fuesen muy amigos y propincuos parientes" [31].

Y este espectáculo de los hombres borrachos invocando al demonio y danzando al son de su música debe haber sido grato en comparación con el de las víctimas que subían aullando de horror las gradas del templo; el de aquellos sacerdotes del demonio, con sus enormes greñeros apelmazados de sangre, las ropas como mandiles de carnicero, los cuerpos tiznados y el ademán feroz al clavar, el cuchillo de piedra sobre el pecho de un semejante; y el de los cadáveres al rodar por la escalera dejando un "regajal de sangre"; y de los viejos decapitando a las víctimas y espetando sus cabezas en varas; y el de los dueños de esclavos corriendo a sus casas con los cuerpos decapitados para comerlos; y el de los inocentes niños que llevaban a sacrificar entre llantos y gritos; y el de los hechiceros danzando vestidos con las pieles de los sacrificados; y los macabros *tzompantli*, y todos los edificios del *Gran Teocali* hediondos a carne putrefacta más que un matadero de reses.

Un infierno, y no otra cosa, debe haber sido el país que habitaron nuestros antepasados. ¿Cómo hay quien añore esa civilización y lamente que la hayan destruido los españoles?

No nos cabe duda acerca de que el demonio, el real y auténtico demonio, había tomado posesión de los mexicanos, los había embrutecido y puesto a su servicio. ¡Glorioso el día en que apareció la Cruz y puso en fuga la legión satánica! Entonces el indio mexicano, este indio apacible y manso, fue rescatado de las garras del Malo y pudo al fin tener un día de paz.

SUPERVIVENCIA DE HUICHILOBOS

Sin embargo, Huichilobos no está todavía completamente vencido.

Huitzilopochtli, o el dios espantoso, se llamaba también *Mexitli*, y de este nombre deriva el de nuestra nación, sobre la cual parece que no cesa de reclamar sus derechos.

[31] MOT. Cap. II.

Y todavía se le erigen altares, y se le sacrifican víctimas.

Hoy los sacrificadores no son *topiltzin* con greñeros descomunales, plumas verdes sobre la cabeza y orejeras de oro. Son hombres comunes y corrientes que matan por matar; son los de sombrero tejano y pistola a la cintura, que asesinan protegidos por los dioses oficiales; son todos los *machos* de México cuyo orgullo consiste en privar de la vida a un semejante; y el *topiltzin* suele reencarnar en el jefe revolucionario que, con cabellera o rapado, pero, con una gorra militar, un cuchillo o una pistola, provee de víctimas a Huichilobos, bajo cuyo influjo se organizan periódicamente matanzas generales con pretextos políticos, que dejan satisfecho al dios por un tiempo.

Y el matón héroe de película, que canta, se emborracha y asesina, es también un oficial de Huichilobos.

No pasa un día sin que haya en México, según las estadísticas, cinco o diez homicidios. Se mata sin ceremonias rituales, pero se mata, respondiendo al grito atávico. "Estoy nervioso porque hace ocho días que no mato", suele decir algún matón profesional, y cuando dice esto no sabemos hasta qué punto hable por él la sangre de algún *topiltzin* que arrancaba corazones en el templo mayor.

Cuando sabios profesores de historia, tribunos elocuentes o generales metidos a escritores vituperan a España y a Cortés, inventan huesos de Cuauhtémoc y añoran los tiempos prehispánicos, ¿no será porque allá, muy en el fondo de su alma, lamentan que la Catedral haya suplido al *Teocali* y que no haya oportunidad ahora de contemplar el fascinante espectáculo en el que se abre el pecho y se saca el corazón de un hombre echado en una piedra? ¡Tan dramático que sería eso! Es triste que tengamos que conformarnos con un remedo de sacrificio gladiatorio, incruento y desabrido.

Diego Rivera, el pintor que embadurnó los muros del Palacio de Cortés en Cuernavaca y que, de no haber sido por éste quizá hubiera tenido una gloriosa muerte en el altar de Huichilobos y servido de suculento almuerzo a algún gran señor, ha confesado que le gustaría comer carne humana y dicho que la antro-

pofagia no es una costumbre vituperable. El pintor es el único que ha dicho esto; pero ciertamente no es el único que lo piensa. *Hüitzilopochtli* manda en muchas conciencias.

Nosotros deseamos, por el contrario, que termine para siempre y radicalmente el señorío de Huichilobos sobre México, y no hallamos mejor manera de expresar este deseo que con estas exclamaciones de fray Bernardino de Sahagún:

> *"¡Oh infelicísima y desventurada nación, que de tantos y de tan grandes engaños fue por gran número de años engañada y entenebrecida, y de tan innumerables errores deslumbrada y desvanecida! ¡Oh cruelísimo odio de aquel capitán enemigo del género humano, Satanás, el cual con grandísimo estudio procura de abatir y envilecer con innumerables mentiras, crueldades y traiciones a los hijos de Adán! ¡Oh juicios divinos, profundísimos y rectísimos de nuestro Señor Dios! ¡Qué es esto, señor Dios, que habéis permitido, tantos tiempos, que aquel enemigo del género humano tan a su gusto se enseñorease de esta triste y desamparada nación, sin que nadie le resistiese, donde con tanta libertad derramó toda su ponzoña y todas sus tinieblas! ¡Señor Dios, esta injuria no solamente es vuestra, pero también de todo el género humano, y por la parte que me toca suplico a V. D. majestad que después de haber quitado todo el poder al tirano enemigo, hagáis que donde abundó el delito abunde la gracia, y conforme a la abundancia de las tinieblas venga la abundancia de la luz, sobre esta gente, que tantos tiempos habéis permitido estar supeditada y opresa de tan grande tiranía"* [32].

(32) SAH., Lib. I., Confutación.

36.—California, Tierra Perdida.—I .... „ 6.00
37.—La Traición de Querétaro (2a. Edición), por Alfonso Junco „ 12.00
38.—Hidalgo, por don Ezequiel A. Chávez .... „ 5.00
39.—Morelos, por don Ezequiel A. Chávez .... „ 12.00
40.—Agustín de Iturbide, Libertador de México, por don Ezequiel A. Chávez .... „ 10.00
41.—La Guerra del 47, por Carlos Alvear Acevedo .... „ 5.00
42.—La Segunda Intervención Americana, por Angel Lascuráin y Osio .... „ 7.00
43.—De Cabarrús a Carranza, La Legislación Anticatólica en México, por Félix Navarrete (Cango. Jesús García Gutiérrez) .. „ 8.00
44.—Miramón, Caballero del Infortunio (2a. Edición), por Luis Islas García .... „ 12.00
45.—El Indio Gabriel, por Severo García .... „ 6.00
46.—La Masonería en la Historia y en las Leyes de Méjico, por Félix Navarrete (Cango. Jesús García Gutiérrez) .... „ 12.00
47.—California, Tierra Perdida.—II .... „ 10.00
48.—Galeana, por Carlos Alvear Acevedo .... „ 7.00
49.—El Milagro de las Rosas, por Alfonso Junco (2a. Edición) .. „ 7.00
50.—La Constitución de 1857: Una ley que nunca rigió, por G. Gómez Arana .... „ 4.00
51.—Poinsett, Historia de una gran intriga (2a. Edición), por José Fuentes Mares .... „ 12.00
52.—Apuntes sobre la Colonia.—I. Problemas Sociales y Políticos, por don Ezequiel A. Chávez .... „ 6.00
53.—Apuntes sobre la Colonia.—II. La Reeducación de Indios y Españoles, por don Ezequiel A. Chávez .... „ 8.00
54.—Apuntes sobre la Colonia.—III. Repercusiones sobre los Tiempos Posteriores, por don Ezequiel A. Chávez .... „ 7.00
55.—La Piqueta de la Reforma, por Francisco Santiago Cruz ..... „ 10.00
56.—Las Antiguas Misiones de la Tarahumara. Parte Primera. Por Peter Masten Dunne, S. J., traducción de Manuel Ocampo, S. J. „ 8.00
57.—Las Antiguas Misiones de la Tarahumara, Parte Segunda .... „ 12.00
58.—La Evangelización de los Indios. Por don Ezequiel A. Chávez . „ 3.50
59.—Cabeza de Puente Yanqui en Tehuantepec, por Luis Castañeda Guzmán .... „ 3.00
60.—José Vasconcelos, por William Howard Pugh .... „ 5.00
61.—Robinson y su Aventura en México, por Eduardo Enrique Ríos „ 8.00
62.—Un Clérigo Anticlerical: el Doctor Mora, por Mario Mena ... „ 4.00
63.—La Educación en México en la Epoca Precortesiana, por don Ezequiel A. Chávez .... „ 8.00
64.—El P. Bartolomé de Olmedo, Capellán del Ejército de Cortés, por José Castro Seoane, O. de M. .... „ 6.00
65.—Luis Navarro Origel —el primer Cristero—, por Martín Chowell (seudónimo) .... „ 10.00
66.—El Increíble Fray Servando, por Alfonso Junco .... „ 10.00
67.—Los Hospitales de México y la Caridad de don Benito, por Francisco Santiago Cruz .... „ 8.00
68.—Melchor Ocampo, por Mario Mena .... „ 4.00
69.—Doña Eulalia, El Mestizo y otros temas, por Alfonso Trueba . „ 3.00
70.—Fray Sebastián de Aparicio, por Conrado Espinosa .... „ 12.00

ÍNDICE

Huichilobos

Cuando en el ámbito histórico se quiere loar al imperio azteca, los mismísimos acontecimientos históricos hacen descender su "grandiosidad". Más aún, dicha grandiosidad cae por sí sola ante la barbarie cruenta de los innumerables sacrificios humanos, en honor a su dios Huitzilopochtli (Huichilobos le llamaron los españoles), pues no sólo fue la guerra de la conquista la que hizo perecer a tal imperio, sino como alude Vasconcelos –en su breve Historia de México–: "Lo que perdió a los aztecas fue el rito a Huichilobos, la matanza por gusto y el sacrificio irreflexivo".

El lector encontrará en esta obra, revelaciones históricas poco conocidas, –muchas de ellas omitidas en la historia oficial– sobre los sacrificios humanos que practicaron los aztecas, en otros términos, se verá obligado a la rectificación histórica.

J. Alejandro Garduño M.